

Yasmina Khadra

Lo que sueñan los lobos

Los corderos del señor

Traducción de
Santiago Martín Bermúdez

ALIANZA EDITORIAL

Títulos originales: *À quoi rêvent les loups.*
Les agneaux du Seigneur

Primera edición: 2007
Segunda edición: 2015

Diseño de cubierta: Elsa Suárez Girard
Imagen: © Latinstock/Corbis

Reservados todos los derechos. El contenido de esta obra está protegido por la Ley, que establece penas de prisión y/o multas, además de las correspondientes indemnizaciones por daños y perjuicios, para quienes reprodujeren, plagiaren, distribuyeren o comunicaren públicamente, en todo o en parte, una obra literaria, artística o científica, o su transformación, interpretación o ejecución artística fijada en cualquier tipo de soporte o comunicada a través de cualquier medio, sin la preceptiva autorización.

Les agneaux du Seigneur © Éditions Julliard, París, 1998
À quoi rêvent les loups © Éditions Julliard, París, 1999
© de la traducción: Santiago Martín Bermúdez, 2000, 2002
© Alianza Editorial, S. A., Madrid, 2000, 2015
Calle Juan Ignacio Luca de Tena, 15;
28027 Madrid; teléfono 91 393 88 88
www.alianzaeditorial.es
ISBN: 978-84-206-9513-6
Depósito legal: M. 26.993-2014
Printed in Spain

SI QUIERE RECIBIR INFORMACIÓN PERIÓDICA SOBRE LAS NOVEDADES DE
ALIANZA EDITORIAL, ENVÍE UN CORREO ELECTRÓNICO A LA DIRECCIÓN:

alianzaeditorial@anaya.es

Lo que sueñan los lobos

*A mis hijos y a los niños
del mundo entero*

La comodidad se vuelve pobreza
A causa de su propia facilidad.
Feliz aquel que puede encontrar
La comodidad en la pobreza.

SUGAWARA-NO-MICHIZANE

¿Por qué el arcángel Gabriel no me sujetó el brazo cuando me disponía a cortarle el cuello a aquel bebé que ardía de fiebre? Yo creía, con todas las fuerzas de que era capaz, que mi hoja no se iba a atrever siquiera a rozar aquel cuello frágil, apenas más grueso que el puño de un chiquillo. Esa noche la lluvia amenazaba con engullir la tierra entera. El cielo estallaba. Durante un buen rato esperé que el rayo me desviara la mano, que un relámpago me librara de las tinieblas que me mantenían cautivo de sus perdiciones, a mí, que había estado convencido de haber venido a este mundo para complacer y seducir, que soñaba con conquistar los corazones sólo con el don de mi talento.

Son las seis de la mañana, y el día no tiene arrestos suficientes para aventurarse por las calles. Después de que Argel renegó de sus santos, el sol prefiere quedarse en el mar y esperar que la noche retire de una vez sus cadalsos.

Los policías ya no disparan. Veo a uno de ellos emboscado tras un lavadero, encima de un cobertizo. Nos observa con la lente de su fusil, con el dedo en el gatillo. Abajo, en el barrio sitiado, aparte de un vehículo blindado y dos coches con los cristales rotos, no hay ninguna señal de vida.

El inmueble fue evacuado en los primeros momentos de la escaramuza, en medio de un pánico apocalíptico. A pesar de las llamadas a la calma, los rellanos de la escalera retumbaban con los aullidos de mujeres y niños en cada ráfaga. A Alí le alcanzaron en el momento en que intentaba ver lo que pasaba en el rellano. La mirilla le explotó en la cara. Cayó de espaldas, con el ojo arrancado, con la parte de atrás de la cabeza deshecha. A continuación, un silencio abismal se apoderó de los pasillos abandonados. Cortaron el gas y la electricidad, y después el agua corriente. Para aislarnos. Intentamos algunas maniobras de distracción, pero fue en vano. Un oficial nos conminó a deponer las armas y rendirnos. Le llamé renegado cabrón y vacié un cargador en su dirección. *Lo siento por vosotros*, gritó el oficial. ¡Cuánto desprecio había en su voz...!

Se acabó. Los profetas nos han abandonado. Nos han cazado como a ratas. Todo se hunde a nuestro alrededor. Es como si el mundo se divirtiera deshilachándose, fluyendo entre nuestros dedos como volutas de humo.

Del piso en que se atrincheró mi grupo ya no queda gran cosa. Las ventanas han saltado, las paredes se desconcharon bajo el frenesí de las balas. Rafik ya no se mueve. Yace en un charco de sangre, con los ojos pasmados y el cuello ridículamente torcido. Duyana mira fijamente el techo, despedazado por una granada. Handala murió en el vestíbulo, con la cara vuelta contra los zapatos y los dedos crispados en el suelo. Su hermano pequeño sucumbió a las tres de la mañana. Abu Turab es el único que todavía respira, desmoronado en la pila de la cocina, con su fusil de bombas

encima de las rodillas.

Me dedica un guiño grotesco.

–Ya te dije que no era una buena idea.

Sus ojos alucinados se abren desorbitadamente a causa del dolor. Se le contrae el pecho. Tiene que ir a lo más hondo de sí mismo a buscar la bocanada de aire que le ayude a deglutir. Con muchísimas precauciones, tiende la pierna hacia una caja y se pone a un lado para poder mirarme.

–Si te vieras la jeta –jadea–. Pareces un deshollinador atascado en una chimenea.

–Prepárate –le aconsejo.

Le sacude una risa nerviosa:

–Es verdad, nos espera un largo viaje.

Un hilillo de saliva le cuelga del labio antes de llegarle a la barba con un temblor elástico. Con la mano derecha se aparta la camisa, ensangrentada por la monstruosa llaga que le devora el costado.

–Tengo las tripas fuera, pero ya no siento nada.

El avance de un trasto oruga, fuera, hace vibrar las paredes.

–Traen artillería pesada.

–Me lo imaginaba... ¿Crees que se acordarán de nosotros?

Sus pupilas, casi vidriosas, se animan por un instante con un débil resplandor. Crispa las mandíbulas y refunfuña:

–¡Ya lo creo! No nos olvidarán nunca. Nuestros nombres aparecerán en los manuales y en los monumentos. Los scouts cantarán nuestras alabanzas por los bosques. Los días de fiesta depositarán ramos en nuestras tumbas. Y mientras tanto, ¿qué harán los gloriosos mártires...? Pastaremos tranquilamente en

los jardines eternos.

Le divierte mi mirada de desaprobación. Sabe lo mucho que me horroriza la *blasfemia*. Normalmente, cuidan mucho lo que dicen en mi presencia. Por primera vez, Abu Turab, el más fiel de mis hombres, se atreve a provocar mi susceptibilidad. Se seca la nariz con el hombro y vuelve a perseguirme con sus ojos de ultratumba. Su voz cavernosa me alcanza con un soplo molesto:

–*Allá arriba*, no tendremos más que chasquear los dedos y nuestros deseos serán satisfechos. Escogemos nuestro harén entre los contingentes de huríes que pueblan el Edén, y cada tarde, a la hora en que los ángeles recogen sus flautas, iremos a coger cestos y cestos de girasoles en las viñas del Señor.

Los tiradores de élite del GIS invaden las terrazas de alrededor y ocupan sus puestos con saltos ligeros y precisos, inaprehensibles como las sombras.

–No te acerques tanto a la ventana, *emír*. Te expones a coger frío.

Unas sirenas retumban a lo lejos, se deslizan por los resquicios del barrio y vienen a hundirse en nuestro refugio. Abu Turab frunce una ceja y se pone a marcar débilmente el compás con un dedo.

–La última sinfonía... Mira tú, si de repente hasta le encuentro nombre a cualquier cosa. *La última sinfonía*... Aunque me hubieran pagado todas las fortunas de la tierra, no se me habría ocurrido ese título con la cabeza en calma. No sabía yo que la cercanía de la muerte le diera talento a uno.

–No me distraigas.

–No seguí mi verdadera vocación...

–Que te calles.

Se ríe, se calla durante dos minutos, y entonces,

con la mano apretando el arma, recita:

–«De mis errores, no estoy arrepentido. Mis alegrías no tienen ningún mérito. La Historia no tendrá otra edad que la de mis recuerdos, y la Eternidad, el engaño de mi letargo...» ¡Qué asco! Ese Sid Alí sí que tenía algo en la cabeza, era un auténtico poeta... Es increíble lo imprevisible que es la gente. Yo le consideraba un retrasado, algo así como un blandengue, y en el momento de la verdad te saca de no sabes dónde un coraje que te deja helado. ¿Te acuerdas? Se negó a ponerse de rodillas. Ni siquiera tembló cuando le hundí la pipa en la sien. *Venga, dijo, estoy listo*. Le estalló la cabeza como un enorme forúnculo. Pero su puta sonrisa no se alteró ni un milímetro.

No, no me acuerdo. No estaba allí. Pero no lo he olvidado.

¿Cómo te puedes olvidar cuando te pasas días enteros disfrazando tu memoria y las noches las dedicas a reconstruirla como un maldito puzle para acabar enturbiándola una y otra vez al amanecer...? Todos los días. Todas las noches. Sin parar..

A eso se le llama *obsesión*, y piensas que con esa palabra basta para vencer al abismo.

¿Pero qué sabemos, en realidad, de la *obsesión*?

Maté a mi primer hombre el miércoles 12 de enero de 1994, a las 7.35. Era un magistrado. Salía de su casa y se dirigía a su coche. Su hija de seis años iba delante, con las trenzas adornadas con cintas azules y la cartera a la espalda. La niña pasó a mi lado, sin verme. El magistrado le sonreía, pero su mirada tenía un matiz trágico. Parecía un animal acorralado. Se sobresaltó al verme agazapado en la puerta. No sé por qué, siguió su camino como si no pasara nada. Tal vez pensó

que si ignoraba la amenaza tenía una posibilidad de burlarla. Saqué el revólver y fui a por él. Se detuvo y me miró. En una fracción de segundo se le heló la sangre en la cara y sus rasgos se difuminaron. Por un momento pensé que me equivocaba de persona. «¿Jodia?», le pregunté. «Sí», respondió él con una voz sin timbre. Su ingenuidad –o su inseguridad– me hizo flaquear. Me costó todo el esfuerzo del mundo levantar el brazo. El dedo se me paralizó en el gatillo. *¿Pero qué esperas?*, me gritó Sofian. *Liquida de una vez a ese hijo de puta.* La niña no parecía entender bien todo aquello. O se negaba a aceptar su desdicha. *No puede ser*, me acosaba Sofian. *No vas a desinflarte ahora. Es un canalla.* El suelo se me iba a hundir bajo los pies. Me invadía la náusea, que me atenazaba el estómago y me paralizaba. El magistrado debió de barruntar, en mi vacilación, la posibilidad de *seguir viviendo*. Si se hubiera quedado quieto, creo que no habría tenido fuerzas para llegar más lejos. Cada disparo me estremecía de la cabeza a los pies. No sabía cómo dejar de disparar, no escuchaba ni las detonaciones ni los gritos de la niña. Igual que un meteorito, atravesé la barrera del sonido, pulvericé el punto de no retorno: acababa de caer en cuerpo y alma en un mundo paralelo del que no regresaría nunca.

Abu Turab tiene un ataque de tos. Un espasmo fulgurante le echa hacia atrás. Se agarra a la culata y estira las piernas con un gemido. La orina salpica a través del pantalón y se desparrama por el suelo.

–¡Lo que faltaba! Ahora voy a cagarme en los pantalones. Los *taghut* van a pensar que soy un medica. ¿Y qué es lo que hacen mis ángeles guardianes? ¿Es que no les basta con que reviente?

—¡Cierra el pico de una puta vez!

Se calla.

El trasto oruga invade la plaza, y el cañón apunta a nuestra madriguera. *Por última vez, ríndanse, aúllan* por un altavoz.

—¡Qué asco! —exhala Abu Turab—. En Afganistán no pasaba esto. Cuando los *muyaidin* caían en una trampa, se desencadenaban tempestades de arena para cubrirles la retirada, misteriosas averías inmovilizaban los tanques enemigos y nubes de pájaros la emprendían con los helicópteros soviéticos... ¿Por qué aquí no tenemos derecho a un milagro?

Dirige el cañón de su fusil a la sien. Se le estira la sonrisa, grotesca y patética al mismo tiempo. Le miro como en un sueño, y ni siquiera trato de disuadirle.

—Yo voy delante, jefe. Nunca se sabe...

La detonación se le lleva el cráneo con un horroroso estallido de carne y de sangre, con trozos del cerebro que se pegan al techo, lo que provoca una descarga cerrada en el exterior.

I. El Alto Argel

Cuando me cansé de buscar
Aprendí a hacer descubrimientos
Desde que un viento me acompaña
Navego hacia los cuatro vientos.

NIETZSCHE
Mi felicidad

–Su expediente habla en su favor, señor Walid –dijo finalmente el director de la agencia–. Espero que no nos defraude. La credibilidad de nuestra empresa descansa exclusivamente en nuestra reputación.

Sus dedos, sorprendentemente limpios, hacían pasar las hojas con delicado temblor. Se quedó mirando mi fotografía y se fijó en una observación que había en mi ficha.

–Usted trabajó durante nueve meses como chófer para la Oficina nacional de turismo... ¿Por qué lo dejó?

–Me propusieron un papelito en una película. Pensé que podía hacer carrera en el cine.

–¿Cuántas películas?

–Sólo una.

Los bigotes rojos se le encogieron en una mueca... Se recostó contra el respaldo del sillón y dijo:

–No es demasiado, pero podría servirle. Nuestra agencia le ofrece la oportunidad de su vida. Se le pagará bien y tendrá ocasión de mostrar su valía ante gente con acceso al mundo del espectáculo.

Una vez más, aquellos ojos glaucos me miraron fijamente.

–Una carita linda –reconoció–. Y no hay nada mejor que una cara bonita para ayudar al destino... ¿Habla usted francés con fluidez?

–Me las apaño.

–Evite ese tipo de respuestas, señor Walid. Sea claro, preciso y conciso. A la gente con la que va a trabajar le horroriza lo equívoco.

–Tomo nota.

–Ese tipo de respuesta también está fuera de lugar. En adelante, su léxico se articulará alrededor de una sola fórmula: «Bien, señor». Ser el chófer de una de las más prestigiosas familias del Alto Argel no tiene nada que ver con unas vacaciones. Tiene que mostrarse siempre correcto, atento, obsequioso, estar constantemente disponible. ¿Me explico?

–Bien, señor.

–Me alegra constatar que asimila usted con rapidez.

Cerró el expediente con un gesto seco.

–Mi chófer le llevará con sus nuevos patronos. Cuando usted quiera.

Al arrancar el coche, tuve la sensación de que mi vida cambiaba de rumbo. Me sentía ligero, tranquilo, casi tan abierto como una flor en el prado. Ya se alejaban las malas calles de la ciudad, y ante mí, casi igual que el mar Rojo ante Moisés, los grandes bulevares abrían los brazos para acogerme. Nunca había experimentado un sentimiento así. Sin embargo, a menudo me había creído a dos pasos de alcanzar la luna. Pero esta vez percibía un insospechado arrebató, algo más que una exaltación, más bien la firme convicción de que aquella mañana de marzo se embellecía para mí. Cuando Dahman me ofreció trabajar de chófer para una de las más encopetadas familias del país lo rechacé en el acto. No me veía yo mano sobre mano en un volante mientras esperaba a que *la señora* terminara

su sesión de aeróbic, o lánguido y estoico delante de la puerta del colegio hasta que los retoños del *señor* se decidieran a salir. Creía yo que me merecía algo mejor. Tras aquel papelillo que me había adjudicado un cineasta falto de estrellas, no había parado de soñar con la gloria. Pasaba los mejores momentos de mi vida imaginando que triunfaba, que firmaba autógrafos en todas las esquinas, que iba en un descapotable, con la sonrisa más ancha que el propio horizonte y los ojos tan grandes como mi sed de éxito. Nací un día de tormenta y de desplazamiento de tierras, y crecí sin poner nunca en duda las más disparatadas esperanzas. Estaba convencido de que, antes o después, las luces de las candilejas me arrancarían de entre bastidores y me propulsarían al firmamento. En el colegio sólo soñaba en lo que me parecía que era *la* consagración. Entre castigo y castigo, seguía con la cabeza en las nubes, sin preocuparme por el enojo de mis profesores ni del aprieto en que ponía a mis padres. Yo era el mal estudiante impenitente, el que frecuentaba el fondo de la clase, con un dedo en la nariz y los ojos en blanco, y sólo me sentía en mi elemento tras las murallas de mis quimeras. Mi cartera reventaba de revistas de cine, tenía los cuadernos llenos de direcciones de estrellas y de recortes de prensa que contaban sus aventuras amorosas y sus proyectos. En un país en el que eminentes universitarios tenían que ponerse a trabajar de vendedores de brochetas para llegar a fin de mes, la idea de conseguir títulos no me seducía gran cosa. Yo quería convertirme en artista. Las paredes de mi cuarto estaban cubiertas de pósters de tamaño natural. James Dean, Omar Sharif, Alain Delon, Claudia Cardinale me rodeaban y se encargaban